

Jaghenka que advirtió que su camarera no dormía, la dijo:

—Anulia.

—¿Qué quieres?

—Creo que no duermes. Me parece que quieres al tche-que. ¿Lo adivino?

Aquella pregunta no obtuvo respuesta y Jaghenka la repitió:

Entonces levantándose Anulia de su lecho, fué al de Jaghenka y le abrazó estrechamente, besándose ambas jóvenes con efusión.

La dueña de Zgogelitz repetía:

—¡También yo comprendo el amor!

IV

Húmeda y nebulosa fué la noche, por la mañana el viento disipó los vapores que densos y oscuros elevábanse pesadamente del húmedo suelo.

Matzko dió la señal de partir. El guía aseguró que hasta Budí los carros podrían pasar, pero que después quizá sería preciso desmontarlos. El viento que reinaba en el bosque zumbaba misteriosamente. Algunas veces, grandes ramas y troncos de árboles se rompían con gran ruido y el crugido continuo del bosque parecía el gemido lastimero de una multitud doliente.

En el cielo, las nubes se amontonaban corrían volaban, ora ocultando la luz del sol, ora dejando que luciera con toda su gloria.

De cuando en cuando uno de los criados lanzaba tristes profecías, pero nadie le escuchaba, ni aun la asustadiza Anulia, que de soslayo miraba continuamente á su hermoso caballero, que tenía ojos de fuego y talla de gigante.

Al terminar el bosque se llegaba á una estepa donde crecía altísima yerba, entonces fué preciso desmontar los

carros y unos siervos llevaron las ruedas y otros los ejes y tablones.

Por la noche la caravana llegó á Cudi donde los resineros les acogieron cordialmente.

Aquellas buenas gentes que apenas comían nunca pan, no por eso sufrían hambre, porque la caza y la pesca abundaban en su país.

Las mujeres y niños parecían negros por el humo de la resina, y entre los hombres distinguíase un viejo de cien años qun tomó parte en la batalla de Lenciszt en 1331, cuando los templarios arrasaron la ciudad.

—Si,—decía el viejo,—sí, en Lenciszt y en Zerads corrió á ríos la sangre y no perdonaron los inicuos asaltantes á viejos ni á niños, ni á sacerdotes ni á mujeres; los templarios son siempre los templarios.

Matzko y Jaghenka al oír aquellas palabras pensaron sin querer en él pobre Zbishko que estaba en poder de aquellos, ¿podrían salvarle?

El anciano habló de la batalla de Plotski que puso freno á los asaltos de los caballeros de la Orden, y en la cual peleó él juntamente con los demás aldeanos.

—Recuerdo que los caballeros de la Orden quemaron cuanto pudieron sin respetar nada. Hubo entonces por parte nuestra un ímpetu tal de que hizo huir á aquellos malvados y ser tratados como se merecían. Aún veo con mis ojos el campo de batalla sembrado de muertos y heridos.

Calló el viejo enjugándose una lágrima y Jaghenka que se entusiasmaba al oír aquellos relatos le preguntó si los templarios eran tan tremendos como se propalaba.

—Creed, señora, que no se exagera nada. Nunca he visto tantos muertos. Al acabar la batalla hasta los fugitivos destruían á su paso cuanto veían.

—Sin embargo,—dijo Matzko,—como nuestro país es muy fuerte y nuestra raza muy enérgica, ha sabido reponeerse de aquellas catástrofes, las ciudades fueron recons-

truidas y los cadáveres de los cruzados que murieron bajo sus muros se han podrido sin sepultura.

—No,—interrumpió el viejo,—porque el rey ordeno que se abrieran grandes fosas y allí arrojaron á los alemanes y les cubrieron piadosamente. Pero no permanecieron allí.

—¿Cómo no?

—Afirman los ancianos que durante doce noches sopló un viento huracanado y los restos surcando los aires cayeron en los profundos infiernos.

Después de escuchar aquel interesante relato, Matzko y sus acompañantes tendieron sobre montones de liquen y arropados con pieles de oso esperaron el alba.

Amaneció y continuaron el viaje. El viento había casi secado todo el barro del camino, y aunque quedaban muchos baches, después de algunas horas de marcha se pudieron montar de nuevo los carros, lo que fué de gran alivio para todos los siervos de Matzko y de Jaghenka.

Llegaron por la tarde á Lentzits; la ciudad tenía bonitas casas y sus murallas eran altas y adornadas de vistosas torres, más importantes que las de Serads.

Matzko supo allí que el abad había pasado por la ciudad, y que estaba algo mejor de salud.

El camino, como hemos dicho, era malo; los ríos todavía no decrecían y los campos estaban inundados aún.

Unos frailes, sabiendo que Matzko se dirigía á ver al príncipe, se mostraron muy amables con él, y le regalaron un ramo de olivo del huerto de Jetsemani con una oración á San Rafael, patrón de los viajeros.

A consecuencia del mal tiempo tuvieron que permanecer en Serads durante dos semanas, y en este tiempo uno de los escuderos del gobernador se enamoró como un loco de Jaghenka,

El techeque quería desafiarle, pero el viejo Matzko se lo prohibió.

Al cabo pudieron partir y después de diez y seis días de viaje, Matzko, con toda su comitiva, llegó á Plotzk.

Las puertas de la ciudad, como era de noche, estaban cerradas y los viajeros tuvieron que comer en casa de un tejedor.

Las muchachas, rendidas, se durmieron en seguida, pero Matzko no cedió al sueño y apenas alboreó dirigióse á la catedral para entregarse á la oración.

Allí supo que el abad había fallecido hacía una semana y que aquel día precisamente se celebraban sus funerales.

Matzko experimentó una gran contrariedad al saber la noticia y salió á recorrer las calles de la ciudad.

—Está muerto,—pensaba el viejo;—¿qué voy á hacer de la muchacha? ¿Llevarla á Spichov?

Había pensado muchas veces que si Danusia hubiese muerto convenía que Jaghenka estuviese al lado del joven porque, aun cuando éste amaba mucho á la hija de Jurand, no podía serle indiferente Jaghenka, por la cual tenía muchas simpatías.

Pensaba además Matzko que la hija de Zich era un gran partido, porque no solamente tenía la herencia de su padre sino también la del abad.

Matzko hubiese querido permanecer en Plotzk, pero pensando en Zbishko se decidió á marchar dejando á Jaghenka bajo la protección de la princesa.

Pero esto le dolía, porque pensaba que rica y bella como era la muchacha, pronto tendría una numerosa corte de adoradores.

—Voy á perderla,—pensaba.

Al llegar á su casa pensó que tenía que dar la noticia de la muerte del abad á Jaghenka y decidió hacerlo con cuidado para no trastornarla.

Se hizo servir un buen jarro de cerveza y después de beber unos tragos, dijo:

—¿Oyes como doblan las campanas? ¿Te gustaría ver al abad?

—Sí.

—Pues no lo verás.

—¿Ha marchado?

—Sí, y por eso doblan las campanas.

—¡Ha muerto!—exclamó Jaghenka, y rompió en amargo llanto.

Amaba al abad porque era cariñoso y caritativo aun cuando tuviera el carácter muy impetuoso.

Matzko y Jaghenka fueron á la iglesia que estaba enlutada.

Celebráronse los divinos oficios, doblaron lúgubremente las campanas, un predicador pronunció en latin una oración en la que se alababa las grandes cualidades del difunto, y luego todos, clérigos y seglares, se dirigieron á casa del obispo, donde se les había preparado un espléndido almuerzo.

Matzko fué cordialmente recibido por el obispo, quien le dijo:

—A vos, señor de Bogdanetz, os lega el abad los bosques y lo restante de su hacienda lo lega á Jaghenka de Zgogelitz.

Matzko se regocijó de la buena noticia; pero uno de los paje murmuró:

—¡Dios te bendiga; pero ojalá estuvieras vivo!

Matzko se estremeció de pronto. Por la puerta, que se abría en aquel momento, entró la princesa y detrás de ella Kuno de Lichtenstein, aquel templario que tanto había trabajado contra Zbishko.

A punto estaba de acercársele y de dar rienda suelta á la ira que desde tantos años atrás alimentaba contra él; pero reflexionó que quizá también el alemán estaba allí como embajador y no quiso hacer nada contra él.

La princesa no reconoció al anciano caballero, pero co-

nocía los amores de Danusia y Zbishko y su combate con Rotgher, por los cantos de los trovadores.

La princesa no odiaba á los templarios como Ana Danuta, pero se conmovió al oír el relato de las desventuras de los dos jóvenes y Matzko, al advertirlo, recargó las tintas para que fuera más eficaz el efecto.

—¡Cuán triste historia!—exclamó la princesa.—¿Estáis seguro de que ambos esposos se separaron antes de anegarse en las delicias del amor?

—Creo que sí.

—¿Decís que son los templarios los raptos, mientras que la voz pública dice lo contrario y hasta se habla de una carta del señor de Spiehov.

—Dios juzga y ve. Lo cierto es que Rotgher fué muerto por un niño.

—Un niño peligroso,—murmuró sonriendo la princesa.

—Lo que yo anhelo saber es dónde estarán Jurand y Zbishko,

—No temáis por éste; los templarios no son perros del todo. En Malborg, junto al gran Maestre y Ulrich su hermano, habrá obtenido buena acogida. Lo único que es de temer es que el joven haya desafiado á algún valeroso guerrero que le haya vencido ó muerto.

—No es esto lo que me espanta; lo que temo son las felonías y los engaños; quizá por traición le han aprisionado. Con las armas en la mano no ha sido nunca vencido Zbishko. Hace ya tiempo que desafió á un caballero que ahora veo en esta sala.

Y señaló al de Lichtenstein que en aquel instante hablaba con el capitán de Plotzk.

La princesa le dijo severamente;

—Recordad que es mi huésped.

—Lo sé, ilustre señora, y no me acercaré á él.

—Aquí está como embajador. Sabed que Lichtenstein

es muy estimado y que el Maestre le consulta y no le niega nada. Esperemos que no os haya reconocido.

—No me ha visto más que pocas veces, y por tanto no creo que me reconozca ahora, en cuanto á mi deseo de desafiarle, no lo realizaré y esperaré ocasión más propicia. Por lo contrario, trataré de conquistar su benevolencia.

—¿Para qué?

Los ojos del anciano lanzaron un destello vivísimo.

—Para obtener una carta con la cual pueda viajar sin miedo por el territorio de la Orden, y acudir así más seguramente en ayuda de Zbishko.

—¿Y esto lo creéis digno?—preguntó la princesa sonriendo.

—Sí, señora, porque hay que valerse de todos los medios con esa gente.

—Os le presentaré,—repuso la princesa.

El caballero no reconoció al anciano, y viendo que le seguían dos pages lujosamente vestidos, pensó que sería persona importante y le acogió cortésmente.

La princesa dijo:

—Este caballero va á Malborg y le he recomendado ya al gran Maestre, pero sabiendo vuestra omnipotencia quisiera que también vos le recomendarais.

Lichtenstein miró á Matzko con sus acerados ojos y preguntó:

—¿Qué es lo que os impele á visitar nuestra capital?

—Deseo cumplir votos y visitar al Maestre de la Orden que cuida de la paz y del bienestar de los pueblos.

—No podréis verle, porque hace un mes ha partido para Gdansk, desde donde ha de ir á Krolevets y de allí á la frontera, para defender el territorio contra los asaltos del pérfido Vitoldo.

Matzko se entristeció al oír tal noticia, y Lichtenstein dijo:

—Páreceme que deseáis con gran afán ver al Maestre.

—Sí, mucho,—murmuró el anciano, quien después de una pausa, preguntó:

—La guerra con Vitoldo, ¿ha empezado ya?

—El la comenzó cuanto, contra todo lo jurado, ayudó á los rebeldes.

—¡Dios dé á la Orden lo que merece!—exclamó Matzko.

Y pensando en lo difícil que era hallar á Zbishko y salvarle, murmuró:

—¡Pobre muchacho!

V

Era evidente que habiendo el gran Maestre abandonado á Malborg para luchar contra Vitoldo, Zbishko no había permanecido en la ciudad.

Matzko, que tenía el carácter muy resuelto, decidió enterarse detalladamente de cuanto ocurría y emprender al punto el viaje.

Lichtenstein, que quería ganarse la voluntad de la princesa Alejandra, escribió una carta para el gobernador de Brodnitzki y otra para el gran Maestre.

Matzko le regaló una hermosa copa de plata cincelada.

El teheque se asombró de tal generosidad; pero el señor de Bogdanetz le explicó:

—Me ha prestado un servicio y trato de recompensarle;

mi costumbre es portarme bien con los que obran bien conmigo.

—La copa es preciosa,—observó Glava.

—No te preocupes, que ya sé lo que me hago. Algún día lucharé con él y reconquistaré la copa y mucho más.

Matzko habló con Jaghenka acerca de lo que tenía que hacerse. Quería dejarla con Anulia en Plovtzk, pero ella deseaba ir á la corte de la princesa Ana, que odiaba á los templarios y quería á Zbishko.

Matzko titubeaba y la joven murmuró:

—Dios que lee en mi alma, sabe que cada día le rezo para que salve á Danusia y conceda la felicidad que merece á Zbishko; pero vos y Glava me habéis dicho que la joven no saldrá viva de mano de los templarios, y si esto sucediera...

El anciano estaba conmovido. Al cabo de un instante, Jaghenka añadió:

—Quisiera estar junto á Zbishko.

Matzko, con los ojos preñados de lágrimas, le dijo:

—Si Danusia muere, Zbishko no querrá verte siquiera.

—Yo no quiero que me mire, pero sí estar cerca de él.

—Sabes que lo deseo de corazón, pero temo que sufra mucho.

—No,—murmuró Jaghenka sonriendo sardónicamente; —ni siquiera me reconocerá.

—¿Que no? ¡Oh!...

—Os aseguro que no; le diremos que soy Jasko y Zbishko no sospechará nada.

Al día siguiente pusiéronse todos en camino para Brotnizki, y si allí no sabían nada del Maestre, irían á Spichov.

Al cabo de diez días llegaban á Brotnizki.

La ciudad limpia y bonita tenía aspecto tranquilo y feraz. Cerca de la puerta había una alta horca de la que pendían muchos cadáveres, entre los que se veía el de una mujer.

En la torre del castillo ondeaba una gran bandera blanca con una mano roja en el centro.

Cuando el capellán leyó la carta de Lichtenstein, se vió y se deseó para complacer á los huéspedes.

Dijo que seis semanas antes había estado en Malborg, y que allí había visto á un joven caballero que asombraba á todos por su espléndido cinturón de oro, y por el valor demostrado en el torneo que organizó el Maestre antes de partir á la guerra.

Añadió que había sabido conquistarse el afecto de Ulrico De-Junghingen, hermano del Maestre, que le dió un pasaparte para ir á Oriente.

Matzko escuchaba con atención al narrador no dudando de que el joven valeroso era Zbishko.

Matzko pensó que era inútil ir á Malborg, porque su sobrino debía estar ya lejos de allí, pues si no encontraba á Danusia debería marchar á apartadas regiones.

Ordenó, pues, marchar á Tscitna. La noche era espléndida, mil y mil estrellas brillaban en el cielo. Durante el día, el tiempo fué casi primaveral; verdeaba la yerba en los prados, pastaba el ganado en la llanura, algunas manadas de búfalos atravesaban de cuando en cuando el camino, y había que dejarles el paso franco, pues de lo contrario lo hubieran pasado mal los viandantes.

Al llegar á Densborg estalló un tremendo temporal que les hizo detener unas horas.

Cuando Matzko vió las torres de Spichov, quiso ir en seguida al castillo; pero al pensar que Zbishko gemía en una prisión, le obligó a continuar hacia Tscitna, que venía á ser la gran mazmorra de la Orden.

El anciano tomó un guía. Jaghenka, Anulia y Glava cabalgaban en silencio.

—¿Tienes miedo de ir á Tscitna?—preguntó Matzko á la hija de Zich.

—No, porque Dios me protegerá.

—Los templarios no respetan á nadie y son traidores,

pero han muerto ya Godfrid, Rötgher y De-Danfelf; sólo queda un viejo asesino enviado del diablo; me dice el corazón que Danusia ha muerto á sus manos; por fortuna tenemos la carta de Lichtenstein.

—¿Cómo se llama ese viejo de quien habláis?

—Sigfrido De Love.

—Esperemos en Dios.

—Sí, esperemos.

—¿Y Danusia y Jurand?

—Temo que hayan muerto, y lo siento por el valeroso señor de Spichov; mucho sufrió en vida, y merecía un fin menos terrible, porque si ha muerto, murió de fijo entre crueles torturas.

—Cuando pienso en él, siempre me acuerdo de mi padre. También él ha muerto.

—Ya está en el cielo, porque no había mejor hombre sobre la tierra.

—Es verdad.

El guía interrumpió la conversación. Aproximándose á Matzko, con voz asustada, exclamó:

—Mirad, señor, quien viene, ..

—¿Quién? ¿dónde?

—Allí. Parece un gigante.

Matzko y Jaghenka detuvieron los caballos, y vieron un hombre de colosal estatura.

—Es un gigante,—murmuró el viejo,—recuerdo que una vez ví uno parecido, que era el caballero de Tacev y luego ocurrieron cosas muy tristes.

—No va á caballo,—dijo Jaghenka,—no tiene armas; sólo lleva un bastón en la mano.

—Tantea el suelo con el bastón.

—Será un ciego.

Los viajeros se acercaron al desconocido, que bajaba despacio la colina. Era de alta estatura, faltábanle los ojos y la mano derecha. Los cabellos revueltos caían sobre sus hombros y tenía la barba inculta y blanca.

—Ni siquiera lleva un perro; no podemos dejarle sin auxilio; voy á ver si me entiende.

El desconocido, oyendo los pasos, levantó el bastón y se detuvo.

—¡Bendito sea el nombre de Jesús!—profirió Jaghenka; —¿entendéis el polaco, buen viejo?

El ciego, al oír aquella dulce voz femenil, se estremeció, temblaron sus miembros y cayendo de rodillas levantó ambos brazos al cielo.

—Levantáos, os auxiliaremos; ¿qué tenéis?

El viejo lanzó un grito inarticulado; Jaghenka, asustada, retrocedió. El, poniéndose en pie, hizo el signo de la cruz en el aire y pasó la palma de la mano por los labios.

La joven no comprendía y miró á Matzko, que dijo:

—Dice que le han arrancado la lengua.

—¿Os han arrancado la lengua?—preguntó con voz temblorosa Jaghenka.

El ciego hizo signos afirmativos con la cabeza, y después, mostrando su brazo sin mano, trató de decir por gestos que se la habían cortado.

—¿Quién os la cortó?

El anciano trazó una gran cruz en el aire.

—¡Los templarios!—exclamó Matzko.

El desconocido lanzó un sordo lamento.

—¡Cruels! si supiéramos por lo menos de qué país es...

—¿Comprendéis lo que decimos?

El viejo hizo un signo afirmativo.

—¿Sois de este país?

El mudo movió la cabeza.

—¿De Masovia?... Dice que sí. ¿Qué hicisteis á los cruzados?

El rostro del anciano tomó una expresión de dolor tan profundo que todos se impresionaron, y hasta Matzko, que jamás lloraba, se enjugó una lágrima.

—¡Canallas!—murmuró,— de fijo que han sacrificado un inocente.

Jaghenka, poniendo algunas monedas en la mano del anciano, dijo:

—Oid, no os dejaremos, vendréis con nosotros á Masovia y encontraréis vuestra casa. ¡Ea! levantáos y venid.

El anciano estrechó los pies de la joven como para ponerse bajo su protección, y de repente su rostro se encolerizó.

Había oído una voz de mujer y así quedó atónito al tocar los pesados zapatenes de guerrero que Jaghenka llevaba.

La muchacha, sin advertir aquel asombro, dijo:

—Pronto llegarán los carros y comeréis. Antes de ir á Masovia debemos detenernos en Tscitna.

Al oír aquellas palabras, el viejo se enderezó súbito. Su rostro sin ojos y sus contraídos labios le daban un aspecto horrible.

Su mano se agitó en el aire, como si quisiera impedir que alguien avanzara en aquella dirección y lanzó gritos salvajes y sofocados.

—¿Qué tenéis?—preguntó Jaghenka.

Glava, que estaba conversando con Anulia, al oír aquellos sonidos inarticulados, acercóse al viejo, y después de haber examinado su rostro contraído por el dolor, exclamó:

—¡Es él!

Matzko, Anulia y Jaghenka se estremecieron. La voz del tcheque tenía un sonido lúgubre que hacía presentir una terrible noticia.

Glava, poniendo la mano sobre el hombro del mudo, preguntó:

—¿Venís de Tscitna?

El viejo indicó que sí.

—¿Habéis quizá buscado á vuestra hija?

El mudo tembló y su rostro se contrajo.

Glava, la joven y Matzko palidecieron.

—¡Jurand de Spichov!—dijo el tcheque.

—¡Jurand de Spichov!—repitieron los demás.
El pobre mutilado vaciló y cayó.
El dolor, la impresión recibida, la falta de alimentos, habían agotado sus fuerzas.

Era el décimo día que iba errante por los caminos, hambriento y sin guía.

Sin poder preguntar por su camino, solamente podía recibir algún trozo de pan de las personas caritativas, porque la mayoría le tomaba por un malhechor que huía de la justicia.

Algunos días sólo comía hierba, y de fijo hubiese muerto de hambre á no haber topado con la comitiva de Matzko.

La voz de Jaghenka le recordó la de su querida hija, por la cual se había sacrificado en vano.

El teheque y Matko acomodaron al viejo sobre la paja y las jóvenes se esmeraron en hacerle volver en sí.

Luego, tomando alimentos y vino, se adormeció.

Matzko preguntó á los demás lo que debía hacerse,

—Creo que debemos llevarle á Spichov, para librarle de todo peligro.

—Sí, no debemos perder tiempo, para lo cual, poniéndole en un carro, un siervo le guiará hasta su castillo.

—Nos podrá dar muchas noticias de Zbishko y Danusia.

—¿Y cómo, si no tiene lengua?

—Aunque no habla, ya le entenderemos.

—Es verdad,—contestó Glava.

—Le llevaremos con nosotros,—dijo Matzko.

Durante el viaje, Jaghenka se acercaba al carro de Jurand para ver si éste dormía aún.

—No le reconociera,—decía Matzko,—y no es de extrañar, porque hace poco era robusto como un toro y hubiese podido luchar con Zavisca; pero ahora parece un esqueleto.

—En Masovia decían que los templarios se encarniza-

ron contra él, porque no podían creer que un caballero de un pasado tan glorioso pudiera rebelarse contra ellos.

—¡Menos mal que Zbishko está vengado! Mi sobrino venció á uno de sus verdugos y le dió la muerte.

—¡Dios también le vengará!—murmuró Jaghenka.

Matzko preguntó al tcheque:

—¿Cómo pudiste reconocerle?

—Me costó trabajo, porque le conocí afeitado y con el pelo negro, y seguramente no creyera que era Jurand si no notara la expresión de terror que se pintó en su rostro cuando Jaghenka preguntó si volvía de Tscitna.

—Cuando Janush sepa lo que le ha ocurrido á Jurand, no dejará impune tanta barbarie.

—Los templarios negaron que fueran ellos los verdugos. Por ventura no negaron el rapto de Danusia. Igualmente dirán que Jurand fué mutilado luchando.

—Tienes razón; negarán eternamente; mas vendrá una guerra terrible y entonces triunfará la justicia.

—Vitoldo..

—Es un príncipe poderoso,—interrumpió Matzko,—y no se dejará engañar por la astucia de los templarios, porque también él es avisado y socarrón.

—Hay que temerle cuando empuña la espada y más ahora que tiene toda la razón de su parte.

—¿Con todo el mundo es inexorable?

—No; sólo con los templarios: con los demás es bueno y generoso. Zbishko debe ir á encontrarle y así será más fácil vengar la ofensa.

Matzko y Jaghenka continuaron hablando de Jurand y de su triste muerte, de la muerte de su mujer y del rapto de su hija.

El señor de Bogdanetz y Glava comprendían que hasta la libertad, en la miserable situación en que se hallaba, no era sino un refinamiento de crueldad por parte de los templarios.

Los viajeros habían llegado á la posesión de Spichov, de la que cuidaba el viejo Tolima en compañía del sacerdote Kaleb, quienes recibieron con gran júbilo á Matzko y demás compañeros.

La llegada de Jurand se difundió rápidamente y cuando los guerreros vieron á su viejo amo, lanzaron un grito de ira y de piedad. Si en aquel instante hubieran guardado un templario en los subterráneos del castillo, nadie hubiera podido evitar que los soldados de Jurand vengaran á su jefe. Este, fué llevado á su alcoba, y con él quedó Kaleb, que le amaba como á un hermano querido.

Matzko y Jaghenka fueron á otra habitación del castillo para descansar; después de algunas horas, el señor de Bogdanetz, llamó á Tolima.

—Soy el tío de Zbishko, que es el heredero de Jurand, le dijo, en tanto que mi sobrino no vuelva, yo mandaré aquí.

Tolima inclinándose contestó:

—¿Sois el noble caballero de Bogdanetz?

—Sí; por qué me lo preguntas?

—Porque deseaba saber noticias vuestras el señor Zbishko.

—Zbishko está en Spichov?

—Partió hace dos días.

—De dónde venía? A dónde vá?

—Venía de Malborg, pero no dijo á donde vá.

—Es posible?

—Quizá lo sepa el capellán Kaleb.

—Dónde está?

—Junto á la cama del amo.

—Que venga.

—Bien.

—Yo iré á buscarle.

En aquel instante, entró Jaghenka.

—Zbishko ha estado aquí, se apresuró á decir Matzko.

La doncella palideció.

—Y ha marchado?

—Hace dos días; quizá sepa Kaleb donde está.

—Vamos á verle.

El sacerdote compareció entonces, y creyendo que Matzko deseaba saber de Jurand dijo:

—Aún duerme.

—Me han dicho que Zbishko ha estado aquí.

—Sí, y se fué.

—Para ir á...

—Ni él mismo lo sabía; pero tal vez ha ido á la guerra que ha estallado en la frontera de Shmud.

—Decid, decid.

—No sé más que ha estado en Malburg y que se hizo muy amigo del hermano del Maestre que le dió permiso para visitar los castillos.

—Para buscar á Jurand y á Danusia?

—No, porque á Jurand, le cree muerto.

—Continuad.

—Dejadme respirar porque hace pocos minutos que he vuelto del otro mundo.

—Del otro mundo?

—Sí, del mundo de la oración, donde invocaba la clemencia de Jesús.

—Esperáis un milagro?

—Dios es omnipotente.

—Oh, sí; pero es difícil que restituya á Jurand todo lo que le quitaron los templarios.

Kaleb no contestó. Sus ojos fijábanse en una cruz roja de madera en la cual se veía la imagen del Salvador.

Después restregándose los ojos, dijo:

—Interrogadme.

—Como pudo Zbishko conquistar la simpatía del gobernador?

—Ya no lo es.

—Poco importa.

—Sabed que Ulrico gusta mucho de los torneos; combatió con Zbishko, porque el gran Maestre, había organizado una justa. La cincha del caballo de Ulrico se rompió, y vuestro sobrino, en vez de aprovecharse de aquel accidente, bajó la espada.

—Siempre noble!

—Zbishko contó á Ulrico su dolorosa aventura, y este, le hizo una carta para que el gobernador de Tscitna enviara á Malborg todos los prisioneros, sin excluir á Jurand. El gobernador contestó que el señor de Spichov había muerto á consecuencia de las heridas, y le envió á los demás prisioneros, entre los cuales estaba la muchacha que hacen pasar por Danusia.

—Glava me ha hablado de ella, refiriéndome lo que ha dicho Rotgher, antes de que Zbishko lo matara.

—Lo mismo ha dicho el gobernador al Maestre.

—Y lo ha creído?

—No del todo, pero como nadie sabía nada de cierto, se creyó lo más conveniente que Zbishko fuese á Tscitna.

—Y fué Zbishko?

—Ya lo creo.

—Y que dijo, después de ver lo inútil de su visita?

—Dijo que Danusia fué muerta por el viejo De-Love, y ha jurado buscarla hasta que muera.

—Dijo eso?

—Sí.

—Entonces debe haber partido al teatro de la guerra.

—Así parece. Quiere ir á ofrecer sus servicios á Vitoldo, pues cree que podrá ayudarle más que el mismo rey.

Matzko volviéndose á Jaghenka la dijo:

—Lo que yo predije resulta cierto.

—Zbishko espera, dijo Kaleb, que Vitoldo vaya á Germania, para poder asaltar los castillos alemanes.

—Ahora ya sabemos donde hallar al joven.

—Marchemos al punto, exclamó Jaghenka.

—Chitón; las muchachas no deben hablar.

La joven comprendió que no debía dejar adivinar su sexo.

—Probablemente encontraremos á Zbishko, mas quisiera saber, si además de los penachos alemanes, desea encontrar alguna otra cosa.

—Quien sabe.

—Si supiera que el capellán de Tscitna, ha vuelto al castillo iría á interrogarle; tengo una carta de Lichstentein que me evitará todo riesgo.

—Creo que estará en el castillo.

—Bien; marcharé con Glava y dos siervos y volveré presto; vos, Kaleb, escribidme una carta para el capellán que dará más crédito á ella, que á mis palabras.

—Ciertamente.

La carta quedó escrita, y al día siguiente, al apuntar el alba, Matzko marchó á Tscitna.